

EL SALVADOR DE LA FAMILIA

Cuento por ALBERTO LASPLACES

DESPUES del almuerzo, una vez que la madre y las hermanas se hubieron levantado de la mesa, cuando Pedrín se disponía a hacer lo mismo, su padre, dando a la voz un tono bajo y cavernoso que no le conocía, lo detuvo con un gesto y le dijo:

—No; quédate. Tengo que hablarte de algo muy grave.

Pedrín extrañó enormemente aquello de la gravedad pues jamás su padre lo había consultado en asuntos serios ni en ningún otro parecido. Así que sorprendido, esperó a que terminara su taza de renegrido y perfumado moka y a que se limpiara cuidadosamente el teñido bigote pasándose sobre él varias veces, y con mucha suavidad la servilleta cuidadosamente doblada.

—Hijo mío; demasiado sabes que en tu casa en estos últimos tiempos han ocurrido acontecimientos trascendentales. Tu hermano el mayor que era mi ayuda más grande para sostener la familia con decoro, se niega a vivir con nosotros y ha hecho rancho aparte. Tu padre ya está viejo, como tú lo ves, y necesita por lo tanto de tu ayuda. Por eso hemos pensado en ti.

Se detuvo un momento esperando el efecto de tan elocuentes párrafos. Pero era evidente que Pedrín no entendía desde que ni pestañó.

—Sí, hijo mío; hemos resuelto por lo tanto que dejes de estudiar y que trabajes para traer un poco de pan a casa.

Tampoco comprendió bien esa segunda parte desde que preguntó:

—¿Y los exámenes, papá?

—¡Qué exámenes ni exámenes!, gritó el padre amostazado por la pregunta. ¡No hay más exámenes! El loco de tu hermano —¡ah! ¡críe Vd. cuervos!—, estaba muy entusiasmado con tu carrera. Pues bien; te faltan seis años todavía. ¡Que venga él a mantenerte y a vestirse si quiere! Lo que soy yo, no puedo. Así que no estudiarás más.

El golpe fué tan rudo e inesperado que a Pedrín comenzó el comedor a darle vueltas y los oídos a silbarle. ¿Que no estudiaría más? ¿que abandonaría los libros que tanto amaba? ¿que se alejaría de los queridos compañeros de todos los días? ¿Podía ser eso? Era evidente que podía desde que su padre, levantándose, concluyó:

—El lunes que viene estarás en la tienda de Soto. Allí, gracias a mis grandes influencias he conseguido un lindo puesto para ti. Tu trabajo será bonito, y hasta artístico. Medir géneros, atarlos, venderlos. ¿Verdad que te va a gustar?

Ahora se paseaba lentamente, las manos atrás y dando pasos solemnes y pesados como si quisiera afirmarse bien en el suelo.

—Estarás allá desde las siete de la mañana hasta las siete de la noche. Serás un hombre y si adelantas, como lo espero, podrás permitirme el orgullo de que habrás sido el salvador de la familia. Tienes diez y seis años; yo a los doce mantenía a mis padres. Tu hermano... ¡ah, tu hermano!...

Después salió. Pedrín, incapaz de comprender todavía un desmoronamiento semejante, se quedó como idiotizado, con la mirada fija en el floreado bicolour de la carpeta de la mesa mientras el tic-tac del reloj le ensordecía la frente.

Así fué cómo Pedrín dejó de golpe sus estudios y comenzó a ganarse a vida. Muchas veces lloró amargamente su desgracia, pero no por eso dejó un solo día de cumplir con sus nuevos deberes. Al principio, arrancado de las vastas aulas llenas de sol, de la bulla pintoresca y alegre de los amigos, de las disertaciones de la clase, de todo el encanto siempre joven de la vida inquieta del estudiante una protesta sorda le embargó las horas. Después se fué acostumbrando a la nueva existencia, a aquella escavitud infatigable de las mejores horas del día, a obedecer a las órdenes inexorables, a tener paciencia frente a los compradores. Como el trabajo era mucho no le queda ni tiempo para hacer refrescantes pasajes imaginativos, ni para elevar dulces y consoladores castillos sobre la inconsistencia del porvenir. Sobre todo, lo que comenzó a resignarlo y llegó a ser su mayor consuelo haciéndose carne en su espíritu hasta el punto de que llegó a ser en él casi una segunda naturaleza, fué el estribillo que le repetían a cada momento su padre, sus hermanos, su patrón y hasta el peón de la tienda:

—Trabaja, trabaja; serás el salvador de la familia.

Y el salvador de la familia, a los diez y seis años mutilaba toda la alegría de su edad, cubría su rostro infantil con una careta de seriedad prematura y adquiría la triste gravedad del pájaro enjaulado que tiene alas y no vuela, pica y no canta. Poco a poco un sentimiento de orgullo lo fué llenando, reemplazando en él a todo lo que iba perdiendo. Excitado por las alabanzas se excedía en su cometido y trabajaba cada vez con más ahínco, con más entusiasmo, con más desesperada energía.

Quando llegó el año, su patrón, agradecido, lo recompensó con un aumento de sueldo bastante crecido. El sueldo no era para él, ya se sabía, pues entregaba hasta el último centésimo a su padre, el cual no le daba nada argumentando que el dinero en manos jóvenes y poco experimentadas arcastraba siempre al vicio y a la miseria. A pesar de todo, el éxito le produjo a Pedrín una alegría tan viva que estuvo a punto de llorar a gritos. Su padre a pesar de su falta absoluta de afectuosidad no dejó escapar la ocasión de estimularlo a hacer menos esfuerzos:

—Te vas haciendo cada día más digno de la noble misión que desempeñas, le dijo.

En cuanto a las dos hermanas mayores que él, despegadas de todo aquello que no fueran sus perifoneos, con la perspectiva de menores estrecheces para poder lucir más sus artificios, no le escatimaron elogios y alabanzas. Tanto dijeron que fué necesario que el padre se considerara en el deber de apagar tanto fuego, exclamando con voz autoritaria y ahuecada:

—Basta! Al fin y al cabo Pedrín no hace más que cumplir con un deber sagrado; él es el hombre de la familia. Van a hacerle creer que hace demasiados!

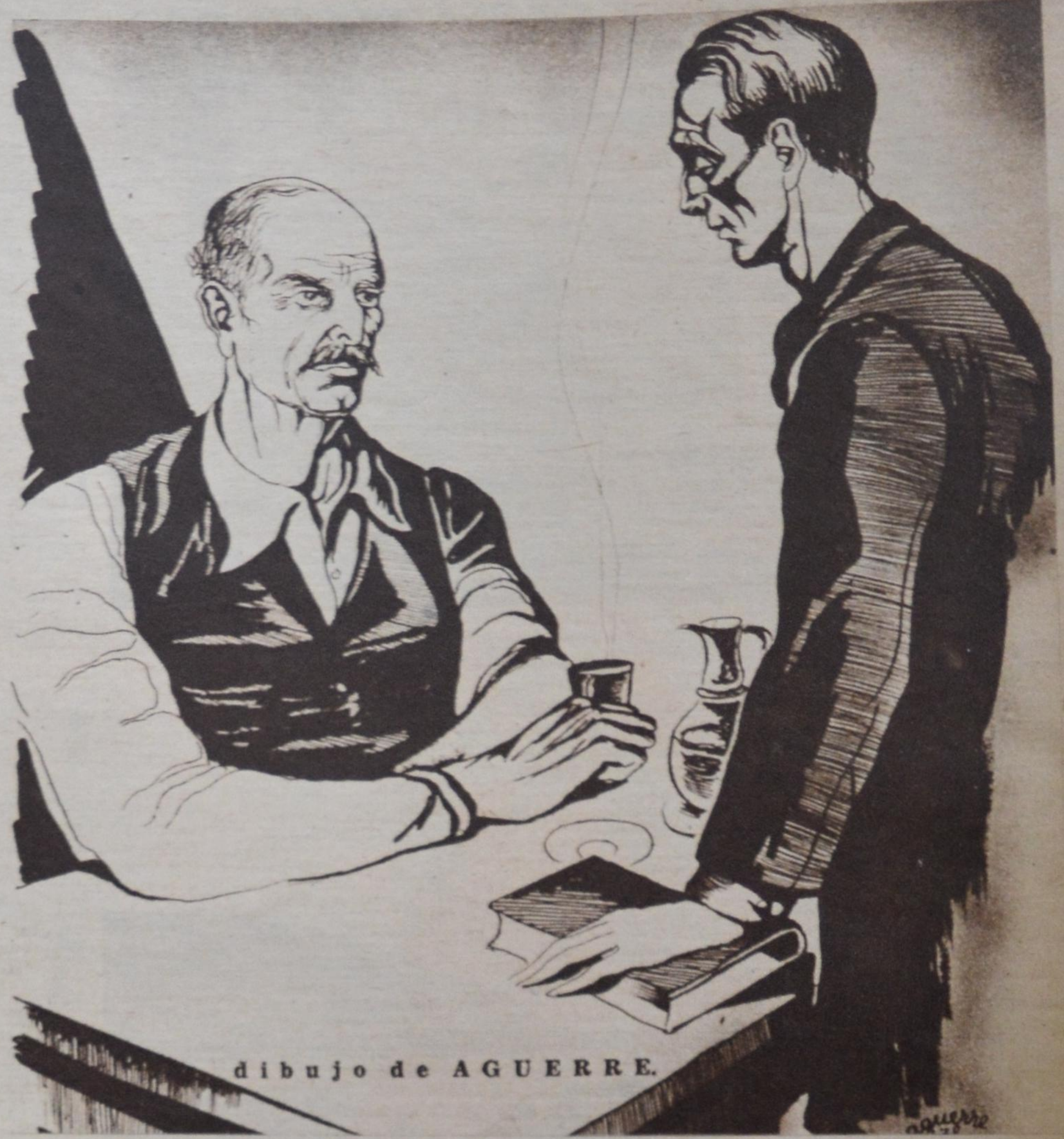
Las hermanas agradecieron aquella advertencia pues no amaban a Pedrín y además creían en el fondo que los hombres tienen obligación de trabajar para dar a las mujeres todo lo que éstas reclamen. En cuanto a la madre, figura un poco borrada en aquel ambiente, se contentó con dejar escapar dos lágrimas breves y frías y con asentir a todo lo que dijo su marido.

Una noche cuando se iba a acostar, su padre lo abordó:

—Dime Pedrín: tú sales a las seis de la tarde de tu trabajo, ¿qué te parece trabajar un par de horas más de noche? Te he encontrado una pequeña cosa, una ternedura de libros, no es casi nada; pero eso me permitirá descansar un poco porque ya ves que estoy envejeciendo mucho.

Pedrín quiso protestar viendo a su padre, al contrario, cada día más peripuesto, más perfumado, más joven. Pero aceptó al momento lleno de alegría, dichoso de poderle quitar algo del trabajo que hacía. Las hermanas que acudieron al oír el tema pusieron también su grano de arena haciendo acertadas reflexiones morales sobre los deberes de los hijos para con los padres, de los varones, se entiende, y de la ayuda económica que deben prestar a sus familias. Quedó concertado, pues, sin una protesta, que Pedrín llevaría de noche libros comerciales en las horas que destinaba al único placer que todavía le era permitido: repasar las lecturas queridas de cuando estudiante y revivir la dicha de entonces completamente imposible ya para él.

Pedrín enlaquecía; no tenía apetito, y de noche su sueño era agitado y sudoroso. Tanto lo fué que un día su madre atar-



dibujo de AGUERRE.

mada consultó al padre. Pero éste con-
ió sonriendo:

Sin embargo, pocos días después, dulcemente, suavemente, Pedrín se extinguió como un soplo, rodeado por una familia poco solícita, incrédula hasta el último momento de la gravedad de su estado.

Quando su padre lo vió, amarillo como la cera, esquelético e inmóvil, metido en la blanca caja en que habían de llevarlo al cementerio, tirándose de los cabellos, lleno de desesperación, entre sollozos mal contenidos exclamó:

—¡Y ahora te vienes a morir, hijo mío, cuando la familia esperaba; más de ti cuando tu pobre viejo iba a descansar confiado en que le pagarías todos los sinsabores que le has causado! ¡Ahora te vas, ingrato, precisamente ahora en que tan bien cumplías con tu deber!

Esa fué la oración fúnebre que escuchó Pedrín antes de volver a la tierra de la que había salido, y que iba a ser con él más amorosa y más buena que lo que le fué la vida en su breve paso por el mundo.

—¡Pero mujer! ¡Qué gusto el tuyo de alarmarte y de querer alarmar a los otros! ¿No ves que tu hijo está en la edad del desarrollo? Tiene apenas diez y nueve años. Yo a esa edad era un espárrago.

Sin embargo Pedrín pasaba de espárrago. La espalda fué como ahuecándose por dentro y la cabeza hundiéndose en los hombros. En las mejillas dos intensas manchas sangrientas acusaban fiebre permanente. Al verlo su padre decía:

—¡Mírenlo! ¿Dónde tiene la enfermedad? Está flaco, ¡natural! ¡como lo hemos estado todos en esa época. Pero miren qué cara: ¡vende salud!

Por otra parte, cuando se interrogaba a Pedrín sobre si se sentía malo, lo negaba siempre. Falta de apetito, eso sí, y un poco de opresión al pecho, como si una mano le apretara los bronquios. Pero no debía ser nada serio: la edad, como decía su padre.

Una noche llegó del trabajo empapado y tiritando. Se metió en cama y comenzó a delirar. Al principio nadie le hizo caso, pero después su madre, comprendiendo algo grave, hizo llamar al médico. Este lo examinó con cuidado y, después, apartando al padre le dijo:

—Animo, amigo mío; tengo que darle una mala noticia.

—¿Cuál?

—Creo que no hay esperanza.

—¿Esperanza de qué?

—De que se salve. Este chico debe haberse alimentado muy mal y trabajado mucho, de un modo superior a sus fuerzas. Una consunción prolongada termina por una tisis galopante. Su estado es muy grave.

El padre protestó; no era verdad aquello de la alimentación y del trabajo. El doctor equivocaba, sin duda alguna. Ya vería él a otros doctores menos pesimistas. ¿Morirse? ¡no faltaba más! ¡Ya vería el galeno como aquello no era más que un simple resfrío!

Cirugía Facial



La cirugía facial en manos de un experto cirujano puede corregir deformaciones, pero cuando se trata del cuidado diario del cutis, sólo la "glicerina de almendra" es capaz de vivificar la epidermis a través del tiempo. Un minuto dedicado a un masaje con esta maravillosa crema líquida, le hará confirmar la realidad de un sueño!

EL JUGO DE PEPINOS Y LA BELLEZA FEMENINA

De tiempos muy remotos hasta la actualidad los expertos en belleza no han encontrado otro producto tan eficaz para el embellecimiento del cutis como el jugo de pepinos. Sus propiedades germinadoras accionan en forma rápida y vivificante para la piel, evitando manchas, pecas, arrugas, barritos y demás impurezas, haciéndolo primar entre los mejores productos de tocador.

Entre las cualidades universalmente reconocidas de este producto, se encuentra igualmente la de suavizar, evitar y aliviar las quemaduras del sol. Este producto maravilloso Vd. lo encontrará en el preparado científico PEPINOX que contiene igualmente la leche de almendras dulces, cuyas propiedades para el cuidado del cutis son universalmente reconocidas.

Este preparado se vende en forma líquida — en frascos — o sólida — en pomos — al precio de \$ 1.90, en todas las buenas farmacias, tiendas e institutos de belleza.

Al adquirirlo, observe la fecha de vencimiento de su actividad. Calle Buenos Aires 570. Montevideo

Canas

Usando LA CARMELA como loción, al peinarse, las canas recobran en pocos días su color primitivo, tan exacto que se confunde con el natural.

Se aplica como una simple loción y no mancha la piel ni la ropa. Hace desaparecer la caspa y evita la caída del cabello.

En Farmacias y Perfumerías, en frascos grandes y medianos.

DEPOSITO URUGUAY 842 — MONTEVIDEO

AGUA DE COLONIA
La Carmela